

TESTIMONIO

El P. Arturo Alonso Lobo ofreció el siguiente testimonio sobre el P. Arintero, relativo a la celebración de la misa cuando se encontraba en casa de sus familiares en Boñar:

«...aprovecho la ocasión para relatar algo pertinente al caso que he oído a un señor anciano de Boñar (León), llamado Isidro, el cual me lo narró estando presente el Vice-Postulador de esta Causa. Cuando el P. Arintero pasaba unos días en casa de sus familiares de Boñar, acudía muy temprano a la iglesia para celebrar la Santa Misa. Cuando llegaba a la sacristía le preguntaba a Isidro, que entonces era un muchacho con el oficio de Acólito, si alguien había ya dicho aquel día Misa en el Altar Mayor, donde estaba el Sagrario con el Santísimo. Si nadie había celebrado Misa en ese Altar, entonces la decía allí el P. Arintero; pero si ya se había hecho esto anteriormente por otro, entonces el P. Arintero mandaba que le preparasen el altar de la Virgen para celebrar en él su Misa. Y explicaba al muchacho la razón de este proceder suyo con las siguientes palabras aproximadamente: “El primer acto de culto del día debe ser para el Señor, presente en el Sagrario; y el segundo para la Santísima Virgen”».

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca
E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (**10 €**, más gastos de envío).

A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (**35 €**, más gastos de envío).

M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (**3 €**, más gastos de envío)

Están disponibles estampas y devocionarios del Amor Misericordioso y de María Mediadora.

P. Juan G. Arintero, O.P.

–Apóstol del Amor Misericordioso–

Boletín Informativo

Año VI –nº 18–Septiembre-Diciembre 2011

Causa de Canonización

Promotor: *Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.*

«Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen» (P. Arintero).

EDITORIAL

Reflexiones del P. Arintero sobre la Eucaristía (II)

Otro de los efectos de la comunión eucarística sobre el que insiste mucho el P. Arintero es la total **transformación en Jesucristo** que produce en quien la recibe. Precisamente Jesús se ofrece en forma de alimento para producir en sus discípulos esa transformación. Como él es más fuerte que nosotros, en lugar de transformarle nosotros a él en nuestra propia sustancia, es él quien nos transforma en la suya.

Para ilustrar esta idea Arintero transcribe esas célebres palabras que san Agustín pone en labios de Jesús: «Yo soy el manjar de los grandes: tú crece, y me comerás, sin que por eso yo me transforme en ti, como ocurre con el alimento de tu carne, sino que tú te transformarás en mí». Y también las siguientes palabras de san Alberto Magno: «como este pan celestial excede incomparablemente en virtud a quienes lo toman, los cambia en sí mismo». Y las de san León Magno que dicen: «la participación del cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa sino que vengamos a ser eso mismo que recibimos». Y las del Pseudo Dionisio: «Quien con pureza se acerca al divino convite, consigue, con su participación, quedar transformado en la divinidad». En la misma línea san Tomás de Aquino decía que «el efecto propio de este sacramento es la conversión del hombre en Jesucristo, de tal modo que pueda decir con verdad: *Vivo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí*».

La Eucaristía no sólo nos pone en contacto con Cristo, sino que viene a fortalecer y a estrechar más nuestra relación con la virgen María. Arintero afirma que ella no puede estar ajena a este aumento de vida que

recibimos por la Eucaristía, puesto que fue ella quien nos dio el cuerpo y la sangre de Cristo en el doble misterio del pesebre y de la cruz. En cierto modo puede decirse que ella es quien nos da este alimento para nuestro espíritu. En la Eucaristía María está, en su condición de Madre, siempre pronta a comunicar la vida de la gracia a sus hijos adoptivos. Por el Hijo de sus entrañas alimenta a los adoptivos. María –sigue diciendo Arintero, citando a Bellamy– fue hecha Madre de Dios para serlo de los hombres. En la comunión es donde mejor se percibe hasta qué punto María está asociada a la gran obra de la vida sobrenatural.

El amor a la Eucaristía corre parejo con el amor a la virgen María; «cuantos se distinguen en uno de estos amores –dice Arintero–, sobresalen también en el otro. Si los más señalados favores de la vida mística suelen recibirse durante la comunión, en casi todos ellos interviene la Virgen, a quien, como a Madre piadosísima, acuden los verdaderos místicos en todas sus necesidades, dificultades y oscuridades».

La Eucaristía es la obra maestra del amor de Cristo, por eso, el principal fruto que produce en quien recibe este sacramento es el aumento de la caridad. Esta caridad es la que produce la unión íntima y la transformación y todos los demás frutos secundarios.

Entre los frutos secundarios Arintero, siguiendo la Tradición, señala los siguientes: el perdón de los pecados veniales y, a veces, de forma accidental, de los pecados mortales, la corrección de las faltas e imperfecciones, la remisión de la pena temporal, el fervor, el gozo y la dulzura, la pureza, la moderación de la concupiscencia, la prontitud para el bien, el ardor en buenos deseos, etc. En definitiva, todo esto es fruto de la caridad. Por eso es tan importante prepararnos para recibir este sacramento «con todo el amor y candor que podamos, a fin de no impedir, sino más bien fomentar la producción de tan ricos frutos. Si estos resultan escasos, es señal de que nuestras disposiciones son muy defectuosas».

La Eucaristía ejerce también efectos positivos sobre nuestros cuerpos, como el de refrenar la concupiscencia, ya sea porque aumenta en nosotros la caridad, que regula toda la vida, o porque nos da la fuerza para vencerla. San Cirilo decía que la Eucaristía es también remedio para nuestras enfermedades, pues «estando en nosotros Jesucristo, calma nuestros miembros de la ley de la carne, mortifica las pasiones

turbulentas, vivifica nuestro amor a Dios, y cura todos nuestros males». Por eso a la Eucaristía se le llama «medicina de nuestras llagas».

Purificando, rectificando y sanando nuestra carne, la guarda de la corrupción y se convierte en germen o prenda viva de resurrección. La participación en este sacramento «comunica a los cuerpos humanos un esplendor divino que persistirá eternamente y dará una gloria singular a los justos que con más frecuencia le hayan recibido».

Por eso –continúa diciendo Arintero– debemos animarnos a recibirlo diariamente y con el mayor fervor y pureza posibles, ya que el aumento de salud y fuerzas, de caridad, gracias y frutos de vida es proporcional a las disposiciones y frecuencia con que se recibe. De este modo conseguimos vivir de verdad en Cristo, comprendemos el valor que tiene estar bien incorporados a él y se aviva en nosotros el deseo de llegar cuanto antes a la plena unión con él.

Pero el amor a Jesús en la Eucaristía debe ser como el que se nos muestra en este sacramento, es decir, *complaciente* y *abnegado* o *crucificado*; un amor sacrificado, por el que nos unimos al sacrificio mismo de Cristo.

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo <i>Juan González Arintero</i> por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese <i>conocido, amado, imitado y ofrecido</i> tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.
--

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.